

Te juro por mis canas que a la segunda aurora serás de Ganimedes legítima señora.

(Plácida quiere de nuevo interrumpir al Rey, pero se detiene ante su gesto de mando).

Tros. —Venid, pues, hijas mías. Sentaos a mi vera. La hora es avanzada y el lecho nos espera.

(Tros se sienta en un tronco de árbol, al pie de la encina junto a la cual se hallaba Placia. Las dos mujeres se sientan a su lado).

Tros. —Es bueno que reanude mi interrumpida historia y os cuente de mi casa la venidera gloria. Pues bien, cuando Dardano dejando Samotracia, confiado en un madero, lloraba su desgracia, en un dorado sueño revelale el Destino de sus futuros triunfos el esplendente sino. Del mismo modo, anoche, después de haber cenado, pensando en los asuntos urgentes del Estado, sentí que de mis ojos se apoderaba el sueño y que mi faz bañaba dulcísimo beleño. No sé por cuánto tiempo permanecí dormido; si sé que los arcanos del tiempo he sorprendido, pues mis internos ojos, en mágicas regiones, tuvieron de mi raza proféticas visiones. Primevo vi una cueva al pie del Monte Ida, de pardos aguiluchos altísima guarida, y en ella había tres huevos. El uno parecía un coágulo de sangre que al sol resplandecía, el otro como un astro sujeto en mallas de oro, y el último una perla con lumbres de meteoro. Al punto de esos huevos tres águilas salieron que con potentes alas el firmamento bendieron. La del rojizo huevo, volando presurosa, salvó del monte Etna la cumbre pavorosa y luego descendiendo desde el luciente espacio clavó sus fuertes garras en la región del Lacio. Y por el horizonte un ígneo dedo asoma que escribe en grandes letras esta palabra: Roma... La del huevo de oro, bajando el Monte Ida, en estos mismos valles detuvo su caída y con su curvo pico desentrañó en la tierra una ciudad potente que al universo aterra. Entouces de los cielos gritó una voz lejana: "Es ésta la bendita, la gran ciudad troyana"... Por fin, del huevo blanco rompiendo la envoltura, un águila de nieve subió radiante y pura, agujereando el éter con rauda movimiento, veloz como una paja que corre sobre el viento. Cayó celeste lluvia, los valles se inundaron, las tierras fecundadas un cántico entonaron y oíase una estrofa mil veces repetida: "Es el Dador de Vida! Es el Dador de Vida!"...

Caliroe. —¿Qué quieren esos signos decir, amado dueño?

Tros. —Aguarda Caliroe... Después tuve otro sueño que todo lo explicaba. Un venerable anciano revela a mis preguntas el misterioso arcano. Me dijo que del sueño las águilas caudales daban de mis tres hijos clarísimas señales: la gloria de Asaraco, de Ilo la prudencia, del bello Ganimedes la cándida inocencia. Que del primero de ellos un nieto fundaría en las lejanas tierras donde se oculta el día, la gran ciudad de Roma. Que del segundo hermano un hijo valeroso sería el soberano de la ciudad de Troya. Pero dejó en misterio del dulce Ganimedes el celestial imperio... ¿Qué representa el águila por el cenit perdida? ¿Por qué llovió del cielo? ¿Qué es el Dador de Vida? Por eso al despertarme con afanoso empeño te traje a estos jardines para contarte el sueño. ¿Qué piensas? ¿Qué adivinas? ¿Qué mérito concedes a todas estas cosas? ¿Qué crees de Ganimedes?

(Placia da un grito de dolor y se arroja sollozando a los pies de Tros).

Placia. —¡Ay! ¡Ay! Horrendo abismo preparame la suerte. ¿Por qué no hallo en tus brazos consoladora muerte? Ay, padre, padre mío! Tu sueño pavoroso penetra en mis entrañas como un puñal filoso. Mil muertes son más dulces que todo este martirio, que toda esta agonía, que todo este delirio!...

Tros. —¿Qué sierpe emponzoñada de pronto te ha mordido? ¿Qué quieren esas voces significar? ¿Qué ha sido?

(Caliroe levanta del suelo a Placia y la acaricia tratando de calmarla).

Caliroe. —Serenate, hija mía, y di lo que te pasa. Tu amargo sufrimiento mi corazón traspasa.

(Placia serenándose)

Placia. —Señor, ahora comprendo la voluntad divina. Del dulce Ganimedes la muerte se avecina... No es en excelsas cumbres donde su reino espera; su reino es en las sombras donde Plutón impera. Abi donde Tanatos de corazón de hierro defiende las entradas del infernal encierro y braman roncamente las aguas de Aqueronte que atraviesa la barca del avaro Caronte. Abi donde cobabitan en confusión horrible el Duelo, el Hambre, el Miedo y la Vejez temible. Abi donde silbando vomita la Quimera sus llamas pavorosas y la Gorgona espera sus renovadas víctimas y las horribidas Furias vengando a los mortales apagan sus lujurias. ¡Oh sombras espantosas que nublan mis sentidos y arrancan de mi pecho frenéticos gemidos!

Tros. —Mas di, ¿cómo has podido tejer estas leyendas?

Placia. —Dirélo, señor mío; y a fin de que me entiendas lo que mis ojos vieron te contaré al instante. Salía del palacio en busca de mi amante, cuando escuché a lo lejos dos voces que porfiaban y vi que sobre el césped dos sombras se agitaban. Era una Ganimedes, la otra un extranjero de talla majestuosa y de mirar severo. No sé lo que se hablaban. No sé lo que dirían. Los vientos caprichosos tan sólo me traían fragmentos de palabras, murmullos y sonidos. Mas a la argéntea lumbre del celestial lucero, yo vi que de su manto sacaba el extranjero un vaso reluciente que mis pupilas ciega y que a mi Ganimedes con prontitud entrega. El extranjero fuése y Ganimedes toma en sus divinas manos la divinal redoma; llevándola a sus labios su contenido apura y corre por sus miembros frenética locura. Y vi cómo sus ojos atónitos abría, y vi cómo su rostro la palidez cubría y oí cómo su boca de música embriagada "Divino Ganimedes!" decía embelesada. Mi pobre Ganimedes corrió por ese valle... (señalándolo) Quizás, quizás ahora su espíritu se balle en los oscuros antros del reino de la muerte, contento de su sino, gozoso de su suerte; porque él odiaba siempre la terrenal hondura, porque él amaba siempre la celestial altura. Está es de tus visiones el águila nevosa que vuela a los confines de la región dichosa. Ya ves, él ha partido; ya ves, me lo han robado. Mi único tesoro, señor, me lo han quitado.

(El Rey y la Reina escrutan el valle por donde Placia les señala que ha partido Ganimedes).

Caliroe. —Ven, adorado esposo; es preciso buscarle.

Tros. —Corramos presurosos; debemos encontrarle. (Vanse)

ESCENA IV

Placia (sola)

Placia se dirige desfalleciente hacia el palacio y subiendo las gradas del atrio, dirige desde ahí este apóstrofe a los Dioses infernales.

Placia. —Oh Dioses infernales que cruzáis el Cocito, oíd de mis plegarias el suplicante grito. En esta horrenda noche vuestra presencia evoco y con salobre llanto vuestro poder invoco. Si ha muerto Ganimedes dejad que yo le siga y que en el negro Tártaro su espíritu persiga, basta verle, y gozar de su amada presencia que es gozo y hermosura y luz de mi existencia. Mas si acaso no ha muerto, dejadme que yo muera y así tendré la dicha de llegar de primera... Estoy pronta a segueros; conducidme en seguida;